

YÁSNAYA ELENA AGUILAR GIL. *Ää*: MANIFIESTOS SOBRE LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA. CIUDAD DE MÉXICO: ALMADÍA, 2022, 207 PÁGS.

Andrea Alicia Vizcaíno de la Torre

*Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay.
<https://orcid.org/0009-0009-4218-2993>*

Yásnaya Elena Aguilar Gil es lingüista y activista por la defensa de los derechos de los pueblos originarios y de la diversidad lingüística en México. Hasta 2011, su trabajo se restringía al ámbito académico. Ese año es invitada a colaborar semanalmente en la revista digital *Este País*. Su voz es de gran relevancia en el debate público sobre el tema, de ahí que fuera invitada en 2019 a dar un discurso en la Cámara de Diputados mexicana enmarcado en el Año Internacional de las Lenguas Indígenas. Su discurso fue enteramente en mixe, su lengua materna, una decisión de gran simbolismo en un país con una arraigada ideología monolingüista. Ese discurso, así como una colección de sus intervenciones tanto en *Este País* como en diversas plataformas, conforman este libro que es, ante todo, una exploración profunda de la violencia de la unicidad que subyace a los proyectos modernos de construcción de Estados nación.

El libro se conforma de tres apartados. El primero corresponde a un compendio de colaboraciones en *Este País*, que se enriquece con *posts* y *tuits* que logran capturar el sentido de complejos argumentos en pocas palabras e, incluso, con cierto humor, y que abren un espacio a la reflexión crítica de la vida cotidiana. Aquí y allá, códigos QR nos ofrecen un recorrido inmersivo del texto, que permite conectar desde otro lugar con las reflexiones de la autora. El segundo apartado presenta la versión bilingüe del discurso pronunciado ante la Cámara de Diputados: «México, el agua y la palabra». La última parte del libro consiste en un epílogo, en el que Aguilar Gil reflexiona sobre cómo ha evolucionado su pensamiento y qué elementos le parecen más urgentes de cara a los nuevos contextos de violencia y de ataque a los territorios indígenas.

En términos generales, el libro ofrece problematizaciones que develan el carácter racista y político de categorías naturalizadas. Ante todo, Aguilar Gil señala la dimensión política de los fenómenos lingüísticos. Muestra, por ejemplo, el lado sombrío de la celebración de que el español se haya convertido en una de las lenguas con más hablantes nativos del mundo, al ser evidencia de la pérdida de lenguas marginalizadas. Las personas no abandonan voluntariamente sus lenguas maternas, sino que estas se van perdiendo en violentos procesos de exclusión y de aculturación. En Uruguay, por ejemplo, a pesar de que la educación bilingüe reconoce la utilidad de la enseñanza de segundas lenguas en la educación pública como el inglés, nadie plantearía un abandono del español. Esto es porque, según Aguilar Gil, las personas solo se esfuerzan por renunciar a una lengua cuando esta los hace sujetos de diferentes formas de discriminación y sanción.

La desaparición de las lenguas no es un fenómeno súbito en un contexto aséptico, decidir dejar de hablar una lengua implica que sus hablantes han sufrido discriminación por mucho tiempo. Nadie decide dejar de hablar una lengua simplemente porque otra le parece útil (p. 78).

En el libro se visibilizan las formas más flagrantes de violencia que arrojó el proceso de castellanización, como La Casa del Estudiante Indígena, inaugurada en 1925, como un «experimento» que implicó el desplazamiento forzado de personas para vivir en condiciones insalubres, ser objeto

de tratos inhumanos y sufrir graves daños psicológicos: «Fueron desterrados a un limbo identitario que negaba su lengua materna, pero que tampoco los reconocía como perfectos hablantes de la lengua nacional» (p. 113).

También se habla de violencias más actuales, como la ausencia de traductores e intérpretes en el sistema judicial y de salud. En un artículo revelador, «Los significados del dolor y la diversidad lingüística», Aguilar Gil señala las diferencias que hay entre el español y su lengua materna, el mixe, para describir el dolor. Como persona bilingüe, contar con dos lenguas le «permite tener» a su «servicio un inventario más nutrido de palabras para describir mi dolor, aunque en general, cuando me duele mucho, el mixe toma el control» (p. 109). Desde su propia experiencia nos invita a pensar sobre lo que implica que el sistema de salud atienda a personas que no solo tienen distintas lenguas para expresar lo que sienten, sino que tienen «una idea radicalmente distinta de lo que es el cuerpo, las enfermedades y el dolor» (p. 110). Como observa al final de su reflexión, la carencia de servicios de traducción e interpretación adecuados supone un verdadero obstáculo para la garantía del derecho a la salud. Al leer esto, es inevitable pensar en el abanico de posibilidades de relacionarse con el cuerpo y las sensaciones que se abre al conocer las formas de nombrarlos de otras lenguas. De este modo, expone la dimensión más corporal y menos visible del lenguaje.

El libro cierra con consideraciones sobre cómo el fenómeno de violencia que se vive en México ha afectado la supervivencia de las lenguas y de las culturas indígenas. En este sentido, hace referencia a los numerosos asesinatos de líderes indígenas que defendían territorios y recursos naturales en los últimos tiempos. Esta ola de violencia ha sido denunciada por múltiples organizaciones internacionales. La oficina en México del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ONU DH) señaló que las desapariciones y homicidios de defensores indígenas de territorios y modos de vida representaban 30 % de este tipo de ataques a defensores de derechos humanos en el país entre 2019 y 2023 (EFE, 2023). En el discurso frente a la Cámara de Diputados, la autora insiste en la relación entre el respeto del territorio y la supervivencia de las lenguas:

A nuestras lenguas también las matan cuando nos despojan de nuestros territorios, cuando venden o concesionan nuestras tierras, cuando las consultas no se hacen correctamente [...]. Cuando asesinan a quienes defienden nuestras tierras [...]. Son la tierra, el agua, los árboles los que nutren la existencia de nuestras lenguas. Bajo un ataque constante de nuestro territorio, ¿cómo se revitalizará nuestra lengua? [...] Nuestras lenguas no mueren, las matan. El Estado mexicano las ha borrado. El pensamiento único, la cultura única, el Estado único, con el agua de su nombre, las borra (p. 185).

Así, una de las herramientas conceptuales más interesantes del libro es revelar la violencia que radica en el concepto mismo de *dialecto*. Aguilar Gil sostiene que la única distinción entre un

dialecto y una lengua es que el primero no tiene un Estado detrás. Esta categoría que se adjudica a ciertas lenguas tiene implícita una valoración de su valor y complejidad frente a lenguas hegemónicas como el español, a pesar de que en muchos casos tienen orígenes incluso más antiguos. Además de que tal jerarquización lingüística es insostenible desde el punto de vista lingüístico. Sin embargo, el arraigo de esta categoría en la sociedad explica esa especie de apatía frente a la progresiva y preocupante pérdida de estas lenguas. Según la Unesco, estamos presenciando un momento histórico sin precedentes de pérdida de diversidad lingüística.

En el mismo sentido, Aguilar Gil problematiza el término *indígena* con el que se pretende designar a una cantidad de culturas de expresiones de lo más diversas. Ella misma señala que no se enteró de que era indígena hasta llegar a la Ciudad de México, antes ella era mixe de Ayutla: «En Europa soy mexicana, en México soy oaxaqueña, en Oaxaca estoy siendo mixe, en la sierra suelo ser de Ayutla» (p. 38). El término *lengua indígena*, por lo tanto, es una denominación política que designa a todas aquellas variantes lingüísticas que no cuentan con un Estado que las respalde, que se oponen a construcciones nacionales que se quieren unitarias en términos lingüísticos y que, por lo tanto, están sujetas a una resistencia continua por persistir. El riesgo a la extinción siempre está en el horizonte.

Aguilar Gil pone bajo la lupa los esfuerzos por impulsar la diversidad lingüística, incluso los propios. En el artículo «¿Sirve promover el uso de lenguas indígenas?», la autora problematiza la legitimidad de influir en los hábitos lingüísticos de las comunidades, aun para fomentar el uso de sus lenguas. Fruto de sus reflexiones y frustraciones, identifica que la lucha debe hacerse en otro ámbito, frente a un Estado que, a pesar de un discurso en apariencia más hospitalario respecto a la diversidad lingüística, sigue alimentando procesos de marginalización y folclorización de las culturas indígenas. En cuanto a las comunidades, la promoción de la lengua debe hacerse desde experiencias de disfrute. Por lo tanto, lo primero es ir socavando los factores sociales, económicos, políticos... que les hacen sufrir sus lenguas maternas, para que puedan experimentarlas con mayor naturalidad. Aguilar Gil no pugna por el orgullo que es «un parche emotivo que cubre una herida amplia y profunda» (p. 52). Ella no cree que esté ahí la respuesta, sino en la posibilidad del disfrute cotidiano de la lengua, ese que es imperceptible.

En este último sentido y por lo que resulta una obra que desborda sus límites geográficos, el libro transfiere a quien lo lee esa capacidad de disfrute frente a la diversidad lingüística que los paradigmas monolingüistas ocultan. Como declaró en una conferencia, «no en todas las lenguas hay literatura, pero sí en todas las lenguas hay función poética» (Ibero Puebla, 2021, 32m39s), algo que se ve claramente en el libro. Aguilar Gil es, ante todo, una amante de las lenguas, y en sus escritos logra transmitir su pasión. En este sentido, es un libro que enarbola el carácter político del gozo de las culturas marginalizadas (¿o el carácter gozoso de las luchas por los derechos indígenas?).

Tomar el lenguaje como un objeto de delectación abre nuevas vías para despabilar esa apatía con la que vemos morir a las lenguas poco habladas, más recónditas. Y no solamente esas, sino atrevernos a ver las lenguas como universos de sentido que enriquecen lo humano. Esto implica romper con la visión instrumentalista del lenguaje. No es solo una herramienta o una ventaja profesional, aprender un nuevo idioma es la llave a nuevos sentidos de lo que somos y de lo que podemos ser, de lo que sentimos y lo que podemos sentir, de lo que percibimos y lo que podemos percibir.

Por ejemplo, en el artículo «*Ayuuujk*: ¿la diversidad lingüística tiene un gran futuro por delante? Tiempo, espacio y metáforas», la autora sugiere que, aunque las metáforas espaciales al hablar del tiempo están presentes en casi todas las lenguas, sus configuraciones presentan abundantes variaciones. Mientras que, en el español, el pasado, el presente y el futuro se ordenan de forma lineal y vertical, en otras lenguas se observan otras organizaciones. En aymara, por ejemplo, el pasado está frente a los ojos y el futuro detrás, no se puede ver. En mixe, el tiempo se piensa en vertical. Además, en esta lengua, la conjugación de los verbos cambia solo según si la acción se completó o no, no cuándo ocurrió. Esta característica la convierte en una lengua de aspecto, algo que comparte con el maya y el ruso.

En el capítulo «Las delicias del mundo post-Babel», Aguilar Gil plantea que aprender otras lenguas es una de las vías más claras para incrementar el inventario expresivo, que no es otra cosa que expandir nuestra experiencia del mundo, acceder a reinos secretos. De esta forma, «aprender nuevas lenguas es construirle múltiples hogares al pensamiento», es «otorgarle a la mente el don de la ubicuidad lingüística» (p. 169). Sin embargo, este no es el único camino, hay ciertos atajos, como el que propone el concepto de *conciencia lingüística* (*language awareness*) de Michel Launey, que invita a disfrutar de la diversidad lingüística en sí misma aprendiendo algunas palabras que existen en otras lenguas y no en la propia o curiosidades sobre algún idioma, canciones, leyendas, pronunciaciones... Acercarnos a otras lenguas nos permite

comprender que todas tienen algo valioso, lo que a la larga genera mayores posibilidades de diálogo y el entendimiento con los otros [...] a fin de cuentas son patrimonios de la humanidad, en tanto que son productos de nuestra especie y como miembros de ella podemos disfrutarlas, hablarlas, leerlas, conocerlas, aunque sea solo por medio de algunas palabras o saber al menos de su existencia y ubicación (p. 170).

Una forma de tener probaditas de otras lenguas son las canciones de cuna. Se trata de composiciones que están presentes en todas las culturas, dispositivos lingüísticos para acercar a la lengua a aquellos que apenas la están aprendiendo. En «*Maxu'nk*: duérmase mi niño, duérmase ya. Canciones de cuna en las lenguas del mundo», Aguilar Gil habla del proyecto Furgo Nana, que buscó documentar el estado de los derechos de los niños y las canciones de cuna en toda América Latina. Se expone en el valor performativo de estas composiciones que usan el lenguaje

para conjurar estados de ánimo, desde apaciguar un llanto hasta dar valentía. Por ejemplo, hay una nana sagrada en la lengua seri (Furgo Nana, 2010) que es un canto para «infundir el espíritu de lucha en las niñas, para que cuando crezcan sepan enfrentar los problemas del mundo» (p. 156).

El libro de Aguilar Gil cierra proponiendo un cambio de perspectiva: abandonar concepciones folclóricas de las lenguas y culturas indígenas y reconocerlas como territorios cognitivos que son patrimonio de la humanidad. De esta manera, podemos pensarlas a la par de la tierra que defienden frente a las amenazas antiguas y nuevas, como espacios de «disputa y resistencia», pero también ubérrimos (p. 192).

El libro *Ää: manifiestos sobre la diversidad lingüística* se puede encontrar en varias librerías de Montevideo. Cabe preguntarse: ¿qué le aporta a la mirada uruguaya su lectura? El libro parece abordar temas ajenos a la realidad uruguaya, pero ¿es esto verdad? En Uruguay prevalece la percepción de que se trata de un país monolingüe. Sin embargo, esta arraigada creencia también se relaciona con el proceso de construcción nacional y con el esfuerzo de la capital por enfrentarse por medio de la educación pública a la amenaza del portugués en la frontera norte y, además, de la llegada masiva de migrantes que traían sus propias lenguas. Recordar y conocer esta historia es importante para recuperar episodios de la historia del Uruguay que enriquecieron y enriquecen (pues el portuñol es una lengua viva en gran parte del territorio) las posibilidades expresivas del país, así como espacios oscuros de la memoria, en los que estos procesos revelaron sus peores caras.

Asimismo, nos ofrece una mirada nueva frente a los flujos migratorios actuales. Las personas que llegan al país traen consigo posibilidades lingüísticas y culturales que expanden las formas de habitar el mundo, nos abren la mirada hacia una mayor conciencia lingüística, lo que nos permite valorar desde otras perspectivas los usos locales y los de otros. Al final, adhiriendo a la conceptualización de las lenguas de Aguilar Gil, estos intercambios agregan nuevos espacios para que habiten los pensamientos.

Referencias

- EFE. (2023, 9 de agosto). La ONU DH reporta 46 defensores indígenas asesinados o desaparecidos en México desde 2019. *Swissinfo.ch*. <https://www.swissinfo.ch/spa/la-onu-dh-reporta-46-defensores-ind%C3%ADgenas-asesinados-o-desaparecidos-en-m%C3%A9xico-desde-2019/48723790>
- FURGO NANA. (2010, 21 de mayo). *Nana Concaàc (Seri) 1* [Video]. YouTube. <https://youtu.be/2AF1wiKwqXo>
- IBERO PUEBLA. (2021, 19 de febrero). *Literatura y función poética en lenguas indígenas* [Video]. YouTube. <https://youtu.be/uhCBK6r7otw>